

na militar, y algunos de ellos, en una línea mas avanzada, ó colocados sobre las alturas, indicaban los que habian sido capitanes ó gefes. Por todas partes se veían armas rotas, tambores destrozados, pedazos de coraza y de uniformes, y estandartes desgarrados y dispersos entre troncos de árboles cortados á algunos piés del suelo por las balas: aquello era el gran reduto del Moskowa.

En medio de esta destruccion inmóvil se apercibe una cosa en movimiento: un soldado francés, privado de sus dos piernas, se abría paso por entre aquellos cementerios que parecían haber vomitado sus entrañas. El vientre de un caballo, vaciado por una bomba, habia servido de garita á este soldado, donde vivió royendo su vivienda de carne. Servíase de yesca para fajar sus huesos, y de la carne putrefacta de los muertos que estaban al alcance de su mano para curar sus llagas. El espantable remordimiento de la gloria se arrastraba hácia Napoleon, pero Napoleon no lo esperó.

El silencio de los soldados era profundo, pues el frío, el hambre y el enemigo les hacia pensar en que pronto serian semejantes á los compañeros cuyos restos veían. Solo se oía la respiracion agitada y el ruido del estremecimiento involuntario de los batallones que se retiraban.

Mas lejos se encontró la abadía de Kotloskvi, transformada en hospital: todos los recursos faltaban allí, y aun quedaba bastante vida para sentir la muerte.

Cuando llegó Bonaparte, se calentó con la madera de sus carros destrozados; y cuando el ejército volvió á ponerse en marcha, los agonizantes se levantaron, llegaron hasta el umbral de su último asilo, y tendieron á los camaradas que les abandonaban, sus manos desfallecidas.

A cada instante resonaba la detonacion de los cajones de víveres que se veían obligados á abandonar. Las vivanderos arrojaban á los enfermos en los fosos, y los prisioneros rusos, que eran escoltados por extranjeros al servicio de la Francia, fueron despachados por sus guardias y asesinados de una manera uniforme. Bonaparte habia llevado la Europa consigo: todas las lenguas se hablaban en su ejército, todas las escarapelas, todas las banderas se veían en él. El italiano, obligado al combate, se habia batido como un francés; el español habia sostenido su fama de bravura. Nápoles y la Andalucía no habian sido para ellos mas que un dulce sueño. Hase dicho que Bonaparte no fue vencido sino por la Europa entera, y esto es justo; pero se olvida que Bonaparte no habia vencido sino con el auxilio de la Europa, de grado ó por fuerza, su aliada.

La Rusia resistió sola á la Europa guiada por Napoleon; la Francia, ya sola y defendida por Napoleon cayó bajo la Europa; pero es preciso decir que la Rusia estaba defendida por su clima, y que la Europa no obedecía sino con trabajo á su señor. La Francia, por el contrario, no estaba preservada ni por su clima ni por su poblacion diezmada: solo tenia su valor y el recuerdo de su gloria.

Indiferente á las miserias de sus soldados, Bonaparte solo cuidaba de sus intereses; cuando acampaba, rodaba su conversacion sobre ministros vendidos, decía, á los ingleses, los cuales ministros eran los fomentadores de esta guerra, no queriendo confesar que esta guerra provenia únicamente de él. El duque de Vicence, que se obstinaba en rescatar una desgracia por su noble conducta, exclamaba en medio de la adulacion: —«¿Qué atroces crueldades! ¡Hé aquí la civilizacion que traemos á la Rusia!» A los increíbles dichos de Bonaparte hacia un gesto de cólera y de incredulidad, y se retiraba. El hombre á quien ponía furioso la menor contradiccion sufría las durezas de Caulaincourt en expiacion de la carta que en otro tiempo le habia encargado de llevar á Ette-

nheim. Cuando se ha cometido una cosa reprochable, el cielo en pena hace que tengamos testigos; en vano los hacian desaparecer los antiguos tiranos, pues al bajar á los infiernos estos testigos entraban en el cuerpo de las furias, y volvían.

Habiendo atravesado Napoleon á Gjatsk, llegó hasta Wiasna, y pasó adelante por no encontrar al enemigo que temia hallar allí: el 3 de noviembre llegó á Slawskowo, donde supo que se habia trabado un combate detrás de sí, en Wiasna; este combate contra las tropas de Miloradowitch nos fue fatal, y nuestros soldados y oficiales heridos, con los brazos y la cabeza vendada, se arrojaban sobre los cañones enemigos por un milagro de valor.

Esta sucesion de combates en los mismos lugares; estas capas de muertos añadidas á capas de muertos; estas batallas sobre batallas, hubieran inmortalizado dos veces aquellos campos funestos, si el olvido no pasase rápidamente sobre nuestro polvo: ¿Quién piensa en aquellos campesinos abandonados en Rusia?

¿Aquellos rústicos están contentos de haberse hallado en la gran batalla al pié de los muros de Moscú? Tal vez yo únicamente, en las tardes de otoño, al ver volar en lo alto del cielo los pájaros del Norte, recuerdo que han visto la tumba de nuestros compatriotas. Compañías industriales se han transportado al desierto con sus hornillos y calderas, y los esqueletos han sido convertidos en negro de hueso: que este provenga del perro ó del hombre, el barniz es del mismo precio, y no es menos brillante porque se haya sacado de la oscuridad ó de la gloria. ¡Hé aquí el caso que hoy hacemos de los muertos! ¡Hé aquí los ritos sagrados de la nueva religion! *Diis Manibus*. Felices compañeros de Carlos XII, vosotros no habeis sido visitados por estas hienas sacrílegas! Durante el invierno, el arminio frecuenta las nieves virginales, y durante el verano los musgos floridos de Pultava.

El 6 de noviembre descendió el termómetro á diez y ocho grados bajo cero, y todo desapareció bajo la blancura universal. Los soldados, sin calzado, sintieron que se amortiguaban sus piés; sus dedos amartados y tiesos dejaban escapar el fusil, y sus barbas y cabellos se erizaban con su aliento congelado: al fin caen, la nieve los cubre, y van formando en el suelo pequeños surcos de tumbas. Ignórase cuál es el curso de los rios, y se ven obligados á romper el hielo para saber á qué Oriente deben dirigirse. Extraviados en la extension, los diferentes cuerpos hacen fuego por batallones para llamarse y conocerse, del mismo modo que los buques en peligro disparan el cañonazo de socorro. Los pinos, cambiados en cristales inmóviles, se alzan acá y allá con sus copas de pompa fúnebre, y cuervos y trahillas de perros blancos sin dueño siguen á distancia esta retirada de cadáveres.

Después de las marchas, era duro verse obligado á rodearse de precauciones, poner centinelas, ocupar puestos y colocar grandes guardias. En noches de diez y seis horas, soplando las ráfagas del Norte, no se sabia dónde sentarse ni acostarse; los árboles que se cortaban rehusaban inflamarse, y apenas se conseguía derretir una poca de nieve para desleír en ella una cucharada de harina. Apenas se habian tendido sobre el suelo desnudo, cuando hacían resonar el bosque los ahullidos de los cosacos, y zumbaba la artillería volante de nuestros enemigos: el ayuno de nuestros soldados era saludado como el festín de los reyes cuando se sientan á la mesa, y las balas rodaban sus panes de hierro en medio de los hambrientos convidados. Al alba, á quien no seguía la aurora, se oía el redoble de un tambor envuelto en hielo ó el sonido ronco de una trompeta: nada tan triste como esta diana fúnebre, llamando á las armas á guerreros á quienes no despertaba. Avanzando el día, iluminaba cercos de soldados tiesos y muertos en derredor de las hogueras espirantes.

Algunos vivos se levantaban y partían hácia horizontes desconocidos, que retrocediendo siempre, se desvanecían á cada paso en la bruma. Bajo un cielo blanquiceo y como cansado de las tempestades de la vispera, nuestras filas diezradas atravesaban llanuras después de llanuras, bosques seguidos de bosques, y en los cuales el Océano parecia haber dejado pegada su espuma en las ramas de los árboles. Ni aun siquiera se encontraba en estos bosques aquel triste y pequeño pajarillo de invierno que canta, como yo, entre los arbustos deshojados.

Los grandes ejércitos rusos seguían al nuestro: este iba repartido en muchas divisiones, que se subdividían en columnas: el príncipe Eugenio mandaba la vanguardia, Napoleon el centro y el mariscal Ney la retaguardia. Retardados por diversos obstáculos y combates, estos cuerpos no conservaban su exacta distancia, y unas veces se adelantaban los unos á los otros; otras marchaban en línea horizontal, y muchas sin verse y sin comunicarse por falta de caballería. Algunos naturales, montados sobre pequeños caballos cuyas crines barrían el suelo, no dejaban descanso, ni día ni noche á nuestros soldados embarazados entre la nieve. El paisaje habia cambiado: donde antes se habia visto un riachuelo, ahora se encuentra un torrente suspendido en sus orillas escarpadas por cadenas de hielo. «En una sola noche, dice Bonaparte (papeles de Santa Elena), se perdieron treinta mil caballos y fue preciso abandonar casi toda la artillería, fuerte entonces de quinientas bocas de fuego. Faltos de caballería, no podíamos hacer reconocimientos ni enviar una avanzada de caballería para explorar el camino. Los soldados perdían el valor y la razon, y caían en la confusion. Cuatro ó cinco hombres bastaban para introducir el terror en un batallon entero. En vez de estar reunidos, erraban separados en busca de fuego, y los que eran enviados de exploradores, abandonaban sus puestos y corrían en busca de los medios para calentarse en las casas. Desbandados así y alejándose por todas partes, fácilmente caían presa del enemigo. Otros se acostaban en el suelo, se dormían, arrojaban una poca de sangre por las narices, y se morían durmiendo. Millares de soldados perecieron. Los polacos salvaron algunos de sus caballos y una poca de su artillería; pero los franceses y los soldados de las otras naciones no eran los mismos hombres. La caballería sufrió mucho sobre todo. De cuarenta mil hombres, no creo que hayan escapado tres mil.»

Y vos que contáis esto bajo el hermoso cielo de otro hemisferio, ¿no eraís mas que el testigo de tantos males?

El mismo día (6 de noviembre) en que el termómetro bajó tanto, llegó de Francia la primera estafeta que se habia visto hacia mucho tiempo, la cual llevaba la mala noticia de la conspiracion de Mallet. Esta conspiracion tuvo algo de prodigioso de la estrella de Napoleon. Según la relacion del general Gourgaud, lo que mas impresion hizo sobre el emperador fue la prueba demasiado evidente de «que los principios monárquicos, en su aplicacion á su monarquía habian echado raíces tan poco profundas, que grandes funcionarios, á la noticia de la muerte del emperador, olvidaron que, habiendo muerto el soberano, otro estaba allí para sucederle.»

Bonaparte en Santa Elena (*Memorial de las Casas*) cuenta que habia dicho en su córte de las Tullerías, hablando de la conspiracion de Mallet: —«¿Y bien, señores! Pretendiais haber acabado vuestra revolucion; me creiais muerto; ¿pero y el rey de Roma, y vuestros juramentos, y vuestros principios y doctrinas? ¿Me haceis estremecer por el porvenir!» Bonaparte razonaba lógicamente, pues se trataba de su dinastía: habria encontrado el razonamiento tan justo si se hubiese tratado de la raza de San Luis?

Bonaparte supo el accidente de París en medio de

un desierto, entre los restos de un ejército casi destruido, cuya sangre bebia la nieve: los derechos de Napoleon, fundados en la fuerza, se anonadaban en Rusia con su fuerza, mientras que habia bastado un solo hombre para ponerlos en duda en la capital: fuera de la religion, de la justicia y de la libertad, no hay derechos.

Casi al mismo tiempo que Napoleon sabia lo ocurrido en París, recibía una carta del mariscal Ney. Esta carta le daba parte de «que los mejores soldados se preguntaban: —¿Por qué tenian que combatir ellos solos para asegurar la fuga de los otros; por qué el águila no protegía ya y mataba; por qué era preciso sucumbir por batallones, puesto que ya no habia mas recurso que la fuga?»

Cuando el ayudante de campo de Ney quiso entrar en particularidades aflictivas, Bonaparte le interrumpió: —«Coronel, yo no os pregunto detalles.» Esta expedicion de la Rusia era una verdadera extravagancia, que habian criticado todas las autoridades civiles y militares del imperio: los triunfos y las desgracias que recordaba el camino de retirada agriaban y desalentaban á los soldados, y en este camino andado y desandado podia tambien Napoleon encontrar la imagen de las dos partes de su vida.

SMOLENSK. — CONSECUENCIAS DE LA RETIRADA.

El 9 de noviembre se habia, en fin, llegado á Smolensk. Una orden de Bonaparte habia prohibido que entrase nadie antes de que los puestos hubiesen sido entregados á la guardia imperial. Los soldados que estaban fuera de la ciudad confluieron al pié de las murallas, y los de adentro se mantuvieron encerrados. El aire resuena con las imprecaciones desesperadas de los de afuera, vestidos con asquerosas levitas de cosacos, con capotes remendados, con mantas de cama ó de caballo, y cubierta la cabeza con gorros, shakos desvencijados y cascos abiertos ó rotos; y todo esto ensangrentado ó lleno de nieve, y horadado por las balas ó partido por los sablazos. Con el rostro lívido y los ojos sombríos, miraban á lo alto de las murallas rechinando los dientes, y con el aire de aquellos prisioneros mutilados que en tiempo de Luis el Gordo llevaban en su mano derecha su mano izquierda cortada; hubiéraseles tomado por máscaras furiosas, ó por enfermos dementes escapados de un hospital. Llegaron la jóven y la antigua guardia, y entraron en la plaza incendiada á nuestro primer paso. Entonces prorrumpieron en gritos contra la tropa privilegiada. Estas cohortes famélicas corrieron tumultuosamente á los almacenes como una insurreccion de espectros, y fueron rechazadas y batidas, quedando los muertos en las calles, y las mujeres, niños y moribundos sobre las carretas. El aire estaba infestado de la corrupcion de una multitud de cadáveres antiguos: algunos militares eran atacados de imbecilidad ó de locura, y otros, cuyos cabellos se habian erizado y retorcido, blasfemando ó riendo con una risa estúpida, caían muertos. Bonaparte exhaló su cólera contra un miserable proveedor impotente, cuyas órdenes no se habian ejecutado.

El ejército de cien mil hombres, reducido á treinta mil, iba costado por una banda de cincuenta mil rezagados, y ya solo se contaban mil ochocientos ginetes montados, cuyo mando dió Napoleon á Mr. de Latour-Maubourg. Este oficial, que mandaba los coraceros en el asalto del gran reduto de Borodino, sacó la cabeza partida de sablazos, y después perdió una pierna en Dresde. Viendo á su doméstico que lloraba, le dijo: —«¿De qué te quejas? De este modo no tendrás mas que una bota que charolar.» Este general, fiel á la desgracia, ha sido el ayo de Enrique V en los primeros años del destierro del jóven príncipe; yo me

quito el sombrero al pasar por delante de él, como al pasar por delante del honor.

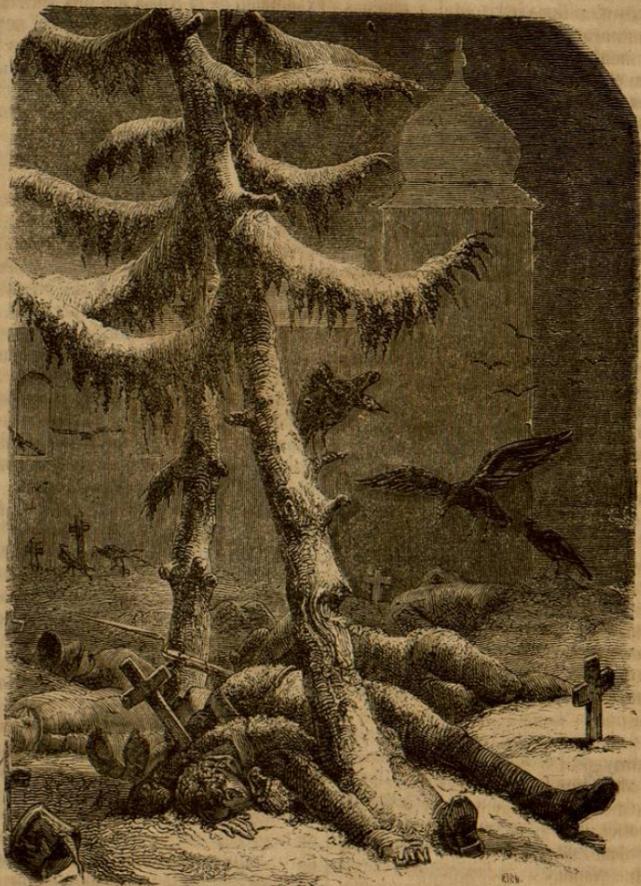
Forzosamente se permaneció en Smolensk hasta el 14. Napoleón ordenó al mariscal Ney que se concertase con Davoust para desmembrar la plaza, destruyéndola con minas: por su parte se dirigió á Krasnoi, donde se estableció el 15, después que esta estación hubo sido saqueada por los rusos. Los moscovitas estrechaban su círculo, y el grande ejército, llamado de la Moldavia, estaba en las inmediaciones, preparándose á atacarnos y arrojarnos en el Beresina.

El resto de nuestros batallones disminuía de día en día. Instruido Kutuzoff de nuestras miserias, no se movía: — «¡Salid un momento tan solo de vuestro cuartel general, exclamaba Wilson; avanzad á las al-

turas, y vereis llegado el último instante de Napoleón! La Rusia reclama esta víctima; herida; una carga bastará, y en dos horas habrá cambiado toda la faz de Europa.»

Esto era cierto; pero de este modo solo Napoleón hubiera sido herido particularmente, y Dios quería hacer pesar su mano sobre la Francia.

Kutuzoff respondía: — «Yo hago que mis soldados descansen cada tres días, y me avergonzaria si el pan les faltase un solo instante. Yo voy escoltando al ejército francés, mi prisionero, y le castigo siempre que quiere detenerse ó alejarse del camino real. El término del destino de Napoleón está marcado irrevocablemente: en los pantanos del Beresina es donde se extinguirá el meteoro en presencia de todos los ejér-



CAMPO DE MOSCOWA.

ditos rusos. Yo les habré entregado á Napoleón debilitado, desarmado, moribundo, y esto es bastante para mí gloria.»

Bonaparte había hablado del viejo Kutuzoff con ese desden insultante de que era tan pródigo: el viejo Kutuzoff á su vez le volvía desprecio por desprecio.

El ejército de Kutuzoff estaba mas impaciente que su gefe: los mismos cosacos exclamaban: — «¿Se dejará que estos esqueletos salgan de sus tumbas?»

Entre tanto no se veía llegar el cuarto cuerpo que había debido salir de Smolensk el 15 y unirse con Napoleón el 16 en Krasnoi: las comunicaciones esta-

ban cortadas, y el principe Eugenio, que mandaba la retaguardia, intentó en vano restablecerlas; todo lo que pudo hacer fue llamar la atención de los rusos, y operar entre tanto su union con la guardia en Krasnoi: pero no parecían los mariscales Ney y Davoust.

Entonces encontró súbitamente Napoleón su genio: con un baston en la mano, sale de Krasnoi el 17 á la cabeza de su guardia reducida á trece mil hombres, para afrontar innumerables enemigos, desembarazar el camino de Smolensk y abrir un paso á los dos mariscales. Esta acción no la degeneró sino por una palabra poco proporcionada á su máscara: — «Bastante

ha hecho ya el emperador, y es tiempo ya de que haga el general.» Enrique IV había dicho al salir para el sitio de Amiens: — «Bastante ha hecho ya el rey de Francia, y tiempo es de que haga el rey de Navarra.» Las alturas inmediatas á cuyo pié marchaba Napoleón, se coronaban de artillería y podían á cada instante destruirlo; pero echando una ojeada sobre ellos, dice: — «¡Que un escuadron de mis cazadores se apodere de ellos!» Los rusos no tenían mas que dejarse caer para haberlo arrollado; pero á la vista de este grande hombre y de los restos de la guardia formada en cuadro, permanecieron inmóviles y como

fascinados; su mirada detuvo á cien mil hombres sobre las colinas.

Con motivo de esta acción de Krasnoi, Kutuzoff fue honrado en San Petersburgo con el apodo de Smolensky, aparentemente por no haber desesperado bajo el baston de Bonaparte de la salvacion de la república.

PASO DEL BERESINA.

Después de este inútil esfuerzo, Napoleón volvió á pasar el Dnieper el 19, y vino á acampar en Orcha, donde quemó los papeles que había llevado para es-



EL MARISCAL NEY.

cribir su vida en los ratos aburridos del invierno, si Moscou, quedando entero, le hubiera permitido establecerse en él. Vióse obligado á arrojar en el lago de Semlewo la enorme cruz de San Juan, que los cosacos han encontrado después y reemplazado sobre la torre del gran Iban.

En Orcha eran muy grandes las inquietudes: á pesar de la tentativa de Napoleón para abrir un paso al mariscal Ney, este no parecia todavía, hasta que al fin se recibieron noticias suyas en Baranni: Eugenio había conseguido alcanzarlo. El general Gourgaud cuenta el placer que Napoleón experimentó, si bien los boletines y relaciones de los amigos del emperador se expresan con una reserva celosa sobre todos los hechos que no tienen una relacion directa con él. La alegría del ejército se apagó prontamente, pues se pasaba de peligro en peligro. Bonaparte caminaba de Kokhanow á Tolozcim, cuando un ayudante de campo le anunció la pérdida de la cabeza del puente de Borisow, tomado por el ejército de Moldavia al general Dombrowski. El ejército de Moldavia, sorprendido á su vez por el duque de Reggio Borisow, se retiró detrás del Beresina después de haber destruido el puente. Tchitchakoff se encontraba de este modo enfrente de nosotros del otro lado del río.

El general Corbineau, comandante de una brigada de nuestra caballería ligera, guiado por un paisano había descubierto, por bajo de Borisow, el vado de Veseloro. Con esta noticia, Napoleón hizo salir en la noche del 24 á Robre de Eblé y Chasseloup con los

pontoneros y zapadores, que llegaron á Stoudianka, sobre el Beresina, al vado indicado.

Echase dos puentes sobre el río: á la orilla opuesta acampaba un ejército de cuarenta mil rusos. ¡Cuál fue la sorpresa de los franceses cuando al nacer el sol vieron la ribera desierta, y la retaguardia de la division de Tchaplitz en plena retirada! No podían creer en sus ojos. Una sola bala, el fuego de la pipa de un cosaco habría bastado para hacer pedazos ó quemar los débiles pontones de Eblé. Corren á avisar á Bonaparte, que se levanta apresuradamente, sale, ve, y exclama: — «¡He engañado al almirante!» La exclamacion era natural; los rusos abortaban en el desenlace, y cometian una falta que debia prolongar la guerra por tres años; pero su gefe no había sido engañado. Todo lo había visto el almirante Tchitchakoff que se había dejado llevar de su carácter, que, aunque inteligente y fogoso, amaba sus comodidades; temía el frío, y pensaba que siempre habria tiempo para exterminar á los franceses cuando él se hubiera calentado bien. Retirado hoy en Londres, habiendo abandonado su fortuna y renunciado á la Rusia, Tchitchakoff ha suministrado al *Quarterli-Review* detalles curiosos sobre la campaña de 1812. ¡Ay! Si Bonaparte estaba salvado por la construcción de sus dos puentes y por la incomprensible retirada de la division de Tchaplitz, los franceses no lo estaban, y otros dos ejércitos rusos se aglomeraban sobre la orilla del río que Napoleón se preparaba á abandonar. El que no ha visto debe callar aquí y dejar hablar á los testigos.

«El heroísmo de los pontoneros dirigidos por Eblé, dice Chambray, vivirá tanto como el recuerdo del paso del Beresina. Aunque debilitados por los males que sufrían de tanto tiempo; aunque privados de licores y de alimentos sustanciosos, se les vió, desafiando al frío, que se había hecho muy rigoroso, meterse en el agua algunos hasta el pecho: esto era correr una muerte casi cierta; pero el ejército los miraba, y ellos se sacrificaban por su salvación.

«El desorden reinaba entre los franceses, dice á su vez Mr. de Segur, y los materiales habían faltado para los dos puentes: en la noche del 26 al 27 se rompió dos veces el de los carruajes, y el paso se retardó siete horas: por tercera vez se rompió el 27 á las cuatro de la tarde; por otra parte los rezagados, dispersos en los bosques y en las aldeas inmediatas, no se habían aprovechado de la primera noche, y al amanecer del 27 todos se habían presentado á un tiempo para pasar los puentes.

«La confusión mayor fue cuando la guardia, que servía de regla, se puso en movimiento. Su marcha fue como una señal, y corrieron de todas partes amontonándose en la orilla. En un instante se vió una masa profunda y confusa de hombres, caballos y carruajes sitiando la estrecha entrada de los puentes; y los primeros, empujados por los de atrás, rechazados por los guardias y por los pontoneros, ó detenidos por el río, eran aplastados, derribados al suelo ó precipitados en los hielos que acarrea el Beresina. De esta inmensa y horrible barahunda se alzaba unas veces un zumbido sordo, otras un gran clamor mezclado de gemidos y de espantosas imprecaciones... El desorden era tan grande, que cuando se presentó el emperador fue preciso emplear la fuerza para abrirle paso. Un cuerpo de granaderos de la guardia y Latour-Maubourg renunciaron por piedad á abrirse paso al través de estos desgraciados.

«La inmensa multitud aglomerada en la orilla, mezclada con los caballos y los carros, formaba un espantoso hacinamiento. A eso de medio día cayeron las primeras balas enemigas en medio de este caos, y fueron la señal de una desesperación universal.

«Muchos de los que se habían lanzado los primeros sobre el puente, faltando este, quisieron escalarlo por los lados; pero la mayor parte fueron rechazados al río. Aquí fue donde se vieron mujeres en medio de los témpanos con sus niños en los brazos, alzándolos á medida que ellas se sepultaban; y ya sumergidas, aun sus brazos los mantenían sobre las aguas.

«En medio de este horrible desorden, se rompió el puente de artillería; la columna que lo iba pasando quiso retroceder; pero en vano: el torrente de hombres que iba detrás, ignorando esta desgracia y no oyendo los gritos de los primeros, siguieron adelante y los arrojaron en el río, donde fueron precipitados á su vez.

«Todo se dirigió entonces al otro puente, afluyendo de todas partes una multitud de cajones enormes, de pesados carruajes y de piezas de artillería. Dirigidos por sus conductores, y rápidamente arrastrados sobre una pendiente desigual, arrollan á los infelices que se encuentran sorprendidos entre ellos, y entrechocándose luego, se derriban la mayor parte con violencia y aplastan en su caída á los que les rodeaban. Filas enteras de hombres, empujadas por estos obstáculos, se embarazan, chocan y caen por masas de otros infortunados que se suceden sin interrupción.

«Estas oleadas de miserables rodaban las unas sobre las otras, y no se oían mas que gritos de dolor y de rabia. En esta horrible confusión, los hombres derribados se defendían bajo los pies de sus compañeros, á los cuales se aferraban con sus uñas y sus dientes. Estos los rechazaban sin piedad como enemigos; y en

este espantoso estrépito de un huracán furioso de cañonazos, del silbido de la tempestad, de las balas, de las explosiones de las bombas, de vociferaciones, de gemidos y juramentos horribles, la multitud desordenada no oía las quejas de las víctimas que sumergía.»

Los otros testimonios están de acuerdo con las relaciones de Mr. de Segur: en prueba de ello, solo citaré este pasaje de las *Memorias de Vaudoncourt*:

«La llanura bastante grande que se encuentra delante de Venloo ofrecía por la tarde un espectáculo cuyo horror es difícil de pintar. Estaba cubierta de carros y furgones, la mayor parte rotos y derribados los unos sobre los otros, y henchida de cadáveres de individuos no militares, entre los cuales se veían muchas mujeres y niños arrastrados en pos del ejército hasta Moscou, ó huyendo de esta ciudad para seguir á sus compatriotas, á quienes la muerte había herido de diferentes maneras. La suerte de estos infelices, en medio de la confusión de los dos ejércitos, fue ser aplastados bajo las ruedas de los carros ó bajo los pies de los caballos, heridos por las balas de los dos partidos, ahogados al querer pasar los puentes con las tropas, ó despojados por los soldados enemigos y arrojados desnudos sobre la nieve, donde el frío terminó pronto sus sufrimientos.»

¿Qué gemido tiene Bonaparte para semejante catástrofe; para este suceso de dolor, uno de los mas grandes de la historia; para estos desastres que sobrepujan á los del ejército de Cambyse? ¿Qué grito se arranca de su alma? Estas cuatro palabras de su Boletín: *Durante la jornada del 26 al 27 pasó el ejército.* ¿Ya habeis visto cómo! Ni aun siquiera se enterneció Napoleón al espectáculo de aquellas mujeres alzando en sus brazos á sus hijos por en medio de las aguas. El otro grande hombre que por la Francia ha reinado sobre el mundo, Carlo-Magno, grosero y bárbaro aparentemente, cantó y lloró (que también él era poeta) al niño que, luchando con el hielo, fue sepultado en el Ebro:

Trux puer adstricto glacie dum ladit in Hebro.

El duque de Bellune estaba encargado de proteger el paso, y había dejado á retaguardia al general Partouneaux, que se vió obligado á capitular. El duque de Reggio, herido de nuevo, había sido reemplazado en su mando por el mariscal Ney. Atravesaron los pantanos de la Gaina: la mas pequeña prevision de los rusos hubiera hecho impracticables los caminos. El 3 de diciembre se encontraron en Malodeczno las estafetas atrasadas hacia tres semanas, y allí fue donde Napoleón meditó abandonar la bandera. — «¿Puedo permanecer, decía, á la cabeza de una derrota?» El rey de Nápoles y el príncipe Eugenio le apremiaron estando en Smorgoni para que volviese á Francia. El duque de Istria llevó la palabra, y á las primeras que pronunció entró en cólera Bonaparte, y exclamó: — «Solo mi mas mortal enemigo podría aconsejarme que abandonase el ejército en la situación en que se encuentra.» É hizo un movimiento para lanzarse sobre el mariscal con la espada desnuda en la mano.

Por la noche hizo llamar al duque de Istria, y le dijo: — «Puesto que todos lo quereis, preciso será que marche.» La escena estaba preparada, pues el proyecto de marcha estaba ya decidido cuando fue representado. Mr. Fain asegura, en efecto, que el emperador se había determinado á dejar el ejército durante la marcha que le condujo el día 4 de Malodeczno á Biclitz. Tal fue la comedia por la cual el inmenso actor puso fin á su drama trágico.

En Smorgoni escribió el emperador su Boletín vigésimo noveno. El 5 de diciembre montó en un trineo con Mr. de Caulaincourt á eso de las diez de la no-

che, y así atravesó la Alemania, oculto bajo el nombre de su compañero de fuga. Todo se abismó á su desaparición: en una tempestad, cuando un coloso de granito se sepulta bajo las arenas de la Tebaida, ninguna sombra queda en el desierto. Algunos soldados, que ya no tenían de vivos mas que la cabeza, concluyeron por comerse los unos á los otros bajo unos cobertizos hechos de ramas de pinos. Males que parecían no poderse aumentar se consumaron: el invierno, que hasta entonces solo había sido el otoño de estos climas, bajó, y los rusos no tenían ya valor para tirar contra las sombras que Bonaparte dejaba vagabundas detrás de sí.

En Wilna solo se encontraron judíos que arrojaban á los pies del enemigo los enfermos que primero recogieran por avaricia. Una última derrota abismó el resto de los franceses en la altura de Ponary, y al fin llegaron al Niemen. De los tres puentes sobre los cuales habían desfilado nuestras tropas, no existía ninguno, y uno solo, obra del enemigo, dominaba las aguas congeladas. De los quinientos mil hombres y de la innumerable artillería que en el mes de agosto habían atravesado el río, solo lo repusaron ahora en Kowno unos mil hombres de infantería regular, algunos cañones y treinta mil miserables cubiertos de llagas. Nada de música ni de cantos de triunfo, y la division, con la faz morada y los ojos forzosamente abiertos, marchaba en silencio sobre el puente ó se aprastraba de témpano en témpano hasta la orilla polaca. Cuando estos infelices llegaron á habitaciones calientes, espiraron, deritiéndose su vida con la nieve de que estaban envueltos. Afirma el general Gourgand que repusaron el Niemen ciento veinte y siete mil hombres: por esta cuenta siempre resultaría una pérdida de trescientos trece mil hombres en una campaña de cuatro meses.

Cuando Murat llegó á Gumbinnen, reunió sus oficiales, y les dijo: — «Ya no es posible servir á un insensato; ya no hay salvación en su causa; ningún príncipe de Europa cree ya en sus palabras ni en sus tratados.» Desde aquí se dirigió á Posen, y desapareció el 16 de enero de 1813. Veinte y tres días despues dejó el príncipe de Schwartzemberg el mando del ejército que pasó al príncipe Eugenio. El general York, criticado ostensiblemente al principio por Federico-Guillermo, y pronto reconciliado con él, se retiró llevándose á los prusianos: comenzaba la defección europea.

JUICIO SOBRE LA CAMPAÑA DE RUSIA.—ÚLTIMO BOLETÍN DEL GRANDE EJÉRCITO.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—ARENDA DEL SENADO.

En toda esta campaña fue Bonaparte inferior á su generales, y particularmente al mariscal Ney. Las excusas que se han dado de la fuga de Bonaparte son inadmisibles, y la prueba de ello es que, debiendo salvarlo todo, no salvó nada. Este abandono, lejos de reparar las desgracias, las aumentó, y apresuró la disolución de la federación rhenana.

El vigésimo nono y último boletín del grande ejército, fechado en Molodetschino el 3 de diciembre, y recibido en París el 18, solo precedió á Napoleón dos días, y llenó á la Francia de estupor, aunque estuviese muy lejos de expresarse con la franqueza de que se le ha elogiado: contradicciones notables se advierten en él que no consiguen cubrir una verdad que resalta de todas partes. Como ya hemos visto, en Santa Elena se expresaba Bonaparte con mas buena fe: sus revelaciones no podían ya comprometer una diadema caída de su cabeza. Pero escuchémosle todavía un momento:

«Este ejército, dice en su boletín del 3 de diciembre de 1812, tan hermoso el 6 de noviembre, estaba muy diferente desde el 14. Casi sin caballería, sin ar-

tillería ni transportes, no podíamos abirnos paso á un cuarto de legua.

«Los hombres á quienes la naturaleza no ha templado bastante fuertemente para sobreponerse á todos los peligros de la suerte y de la fortuna, parecieron afectados, perdieron su alegría, su buen humor, y no soñaron mas que desgracias y catástrofes: los de alma superior á todo, conservaron su alegría, sus maneras ordinarias, y vieron una nueva gloria en las diversas dificultades que tenían que sobrepujar.

«En todos estos movimientos siempre ha marchado el emperador en medio de su guardia, la caballería mandada por el mariscal duque de Istria, y la infantería por el duque de Dantzick. S. M. ha quedado satisfecho del buen espíritu que ha demostrado su guardia, la cual siempre se vió dispuesta á dirigirse á todas partes donde las circunstancias han reclamado su presencia.

«El príncipe de Neufchatel, el gran mariscal, el escudero mayor y todos los ayudantes de campo y oficiales militares de la casa del emperador, han acompañado siempre á S. M.

«Nuestra caballería estaba de tal modo desmontada, que han tenido que reunirse los oficiales á quienes quedaba un caballo para formar con ellos cuatro compañías de á ciento cincuenta hombres cada una. Los generales hacían en ella las funciones de capitanes, y los coroneles las de sargentos. El escuadrón sagrado, mandado por el general Grouchy, á las órdenes del rey de Nápoles, no perdía de vista al emperador en todos sus movimientos. La salud de S. M. jamás ha sido mejor.»

¿Qué resumen de tantas victorias! Bonaparte había dicho á los directores: — «¿Qué habeis hecho de cien mil franceses, todos compañeros míos de gloria? ¿Han muerto!» La Francia podía decir á Bonaparte: — «¿Qué habeis hecho en una sola expedición de los quinientos mil soldados del Niemen, todos mis hijos ó mis aliados? ¿Han muerto!»

Despues de la pérdida de esos cien mil soldados republicanos, sentidos por Napoleón, al menos la patria fue salvada: los últimos resultados de la campaña de Rusia han producido la invasión de la Francia y la pérdida de todo lo que nuestra gloria y nuestros sacrificios habían acumulado en el transcurso de veinte años.

Bonaparte fue sin cesar custodiado por un batallón sagrado que no lo perdió de vista en todos sus movimientos: indemnización de las trescientas mil existencias inmoladas; ¿pero por qué la naturaleza no las había templado bastante fuertemente? Allí habrían conservado sus maneras ordinarias. ¿Esta vil carne merecía acaso que sus movimientos fuesen tan preciosamente custodiados como los de S. M.?

El boletín concluyó, como muchos otros, por estas palabras: — *La salud de S. M. nunca ha sido mejor.*

Familias: enjugad vuestras lágrimas: Napoleón no tiene novedad.

Despues de esta relacion, se leía esta nota oficial en todos los periódicos: «Este es un documento histórico de primer orden: Xenofonte y César escribieron de este modo; uno la retirada de los diez mil, otro sus comentarios. ¿Qué demencia de comparación académica! Pero, dejando aparte la benévola crítica literaria, se debía estar muy satisfecho, porque las calamidades increíbles, causadas por Napoleón, le habían proporcionado la ocasión de mostrar sus talentos como escritor. Neron pone fuego á Roma, y canta el incendio de Troya. Habíamos llegado á la feroz irrisión de una lisonja que desenterraba los recuerdos de Xenofonte y César para ultrajar el duelo eterno de la Francia.

El Senado conservador acude, y dice Lacépède: «El Senado se apresura á presentar al pié del trono de V. M. I. y R. el homenaje de sus felicitaciones por la feliz llegada de V. M. en medio de sus pueblos. El Senado, primer consejo del emperador, y cuya autoridad no existe sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento, está establecido para la conservación de esta monarquía y para la herencia de vuestro trono, en nuestra cuarta dinastía. La Francia y la posteridad le encontrarán en todas circunstancias fiel á este deber sagrado, y todos sus miembros estarán siempre dispuestos á perecer por la defensa de este *palladium* de la seguridad y de la prosperidad nacional.» Los miembros del Senado han demostrado esto maravillosamente decretando la destitución de Napoleón.

El emperador responde: «Senadores, lo que me decis me es muy grato. Tengo en el corazón LA GLORIA Y EL PODER de la Francia; pero nuestros primeros pensamientos son PARA TODO lo que puede perpetuar la tranquilidad interior... PARA ESTE TRONO al cual están ligados AHORA los destinos de la patria.... Yo he pedido á la Providencia un número de años determinado... Yo he reflexionado en todo lo que se ha hecho en las diferentes épocas, y también pensaré ahora en ello.»

El historiador de los reptiles, osando congratular á Napoleón por las prosperidades públicas, se asusta, sin embargo, de su valor, y tiene mucho cuidado de decir que la autoridad del Senado no existe sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento. Tenía tanto que temerse de la independencia del Senado!

Excusándose Bonaparte en Santa Elena, dice: «¿Son los rusos los que me han destruido? No, son las relaciones falsas, las necias intrigas de la traición, de la estupidez, y otras muchas cosas, en fin, que quizás se sabrán un día, y que podrán atenuar ó justificar las dos groseras faltas que, en diplomacia como en guerra, pueden echármeme en cara con razón.

Faltas que no arrastran consigo mas que la pérdida de una batalla ó de una provincia, permiten excusas en palabras misteriosas, cuya explicación se aplaza para el porvenir; pero faltas que trastornan la sociedad y hacen pasar bajo el yugo la independencia de un pueblo, no se borran con las derrotas del orgullo. Después de tantas calamidades y de tantos hechos heroicos, es duro al fin no poder escoger en las palabras del Senado sino entre el horror y el desprecio.

Revisado en 20 de febrero de 1845.

DESGRACIAS DE LA FRANCIA. — ALEGRÍAS FORZADAS. — RESIDENCIA EN MI QUINTA. — LA LEGITIMIDAD.

— Cuando llegó Bonaparte, precedido de su boletín, fue general la consternación. «En el imperio, dice Mr. de Segur, no se contaban ya mas que hombres envejecidos por el tiempo y niños, pero casi ningún hombre formado: ¿dónde estaban? ¡Los llantos de las mujeres, los gritos de las madres, lo decían bastante! Inclinadas laboriosamente sobre aquella tierra, que sin ellas quedaría inculta, maldecían la guerra en él.»

— A la vuelta de Beresina fue preciso bailar de real orden; esto es lo que se sabe por los *Recuerdos para servir á la historia* de la reina Hortensia. Fue preciso ir al baile, con la muerte en el corazón, llorando interiormente á sus parientes ó amigos, y exteriormente á que se veía condenada la Francia por el despotismo: en los salones se veía lo que se encuentra en las calles; criaturas distraídas de su vida, cantando su miseria para divertir á los transeúntes.

— Hacia tres años que yo estaba retirado en Annay; desde mi bosquecillo de pinos había seguido con los

ojos el cometa que durante la noche corria hacia el horizonte de los bosques: el cometa era hermoso y triste, y como una reina, arrastraba en pos suyo su extenso velo. ¿A quién buscaba el extranjero extraviado en nuestro universo? ¿A quién dirigía sus pasos en el desierto del cielo? El 23 de octubre de 1812, albergado un momento en París, calle de los Saint-Peres, fonda de Lavalette, mi sorda huésped vino á despertarme, provista de su larga trompetilla: — «¿Señor, señor; Bonaparte ha muerto. El general Mallet ha muerto á Hulin; todas las autoridades están mudadas, y la revolución se ha hecho.»

Era tan amado Napoleón, que durante algunos instantes estuvo París en la mayor alegría, excepto las autoridades burlescamente arrestadas. Casi había bastado un soplo para echar abajo el imperio. Evadido de la cárcel á media noche, un soldado era señor del mundo al amanecer, y un sueño estuvo cerca de arrastrar una realidad formidable. Los mas moderados decían: — «Si Napoleón no ha muerto, volverá corregido por sus faltas y por sus reveses: hará la paz con la Europa, y el resto de nuestros hijos será salvado.» Dos horas después de su mujer, entró Mr. Lavalette en mi cuarto, para poner en mi noticia el arresto de Mallet: *no me ocultó* (esta era su frase favorita) *que todo estaba concluido*. Ya he referido cómo recibió Bonaparte esta noticia en un campo de nieve cerca de Smolensk.

El *senatus consulto* de 12 de enero de 1813 puso á disposición de Bonaparte doscientos cincuenta mil hombres. La inagotable Francia vió salir de sus heridas nuevos soldados, y entonces se oyó una voz largo tiempo olvidada, voz cuyo sonido creyeron reconocer algunos: era la voz de Luis XVIII, que se alzaba desde el destierro. El hermano de Luis XVI anunciaba principios que establecer un día en una carta constitucional, primeras esperanzas de libertad que nos venían de nuestros antiguos reyes.

Ya en Varsovia, Alejandro dirige una proclama á la Europa.

«Si el Norte imita el sublime ejemplo que ofrecen los castellanos, ha concluido el duelo del mundo. A punto de ser la Europa presa de un monstruo, recobraría á la vez su independencia y su tranquilidad. ¡Ojalá que de este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, solo quede un largo recuerdo de horror y de lástima!»

Este monstruo, este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, era tan poco instruido por el infortunio, que apenas libre de los cosacos, se arrojó sobre un anciano que retenía prisionero.

EL PAPA EN FONTAINEBLEAU.

Ya hemos visto el rapto del papa en Roma, su residencia en Savona, y después su detención en Fontainebleau. La discordia se había introducido en el sagrado colegio: algunos cardenales querían que el papa resistiese por lo espiritual, y recibiesen orden de no usar sino medias negras; otros fueron desterrados á las provincias, y algunos gefes del clero francés encerrados en Vicennes: otros cardenales opinaban por la sumisión completa del papa, y conservaron todos ellos sus medias encarnadas.

Cuando el papa obtenía en Fontainebleau algún descanso de la obsesión de los cardenales rojos, se paseaba solo en las galerías de Francisco I: allí reconocía la huella de las artes, que le recordaban la ciudad sagrada, y desde sus ventanas veía los pinos que Luis XVI había plantado entente de los aposentos sombríos donde fue asesinado Monaldeschi. El septuagenario medio muerto, á quien el mismo Bonaparte vino á atormentar, firmó maquinalmente aquel

concordato de 1813, contra el cual protestó inmediatamente después de la llegada de los cardenales Pacca y Consalvi.

Pacca se imaginaba encontrar una gran multitud enredada de la cárcel regia, pero solo vió en los patios algunos servidores, y un centinela colocado en lo alto de la escalera de forma de herradura. Las ventanas y puertas del palacio estaban cerradas: en la primera antesala de los aposentos estaba el cardenal Doria, y en las otras algunos obispos franceses. Pacca fue introducido cerca de su santidad, que estaba en pié, pálido, inmóvil, inclinado y los ojos hundidos en el cráneo.

El cardenal le dijo que había apresurado su viaje para echarse á sus piés, y el papa respondió: — «Esos cardenales nos han arrastrado á la mesa, y nos han hecho firmar.» Pacca se retiró al aposento que le habían preparado, confundido de la soledad de las habitaciones, del silencio de los ojos, del abatimiento de los semblantes y de la profunda pena impresa en la frente de su santidad. — «Vuelto al lado del papa, lo encontré (él es quien habla) en un estado tan digno de compasión, que hacia temer por sus dias. Estaba anonadado por una tristeza inconsolable al hablar de lo que había sucedido, y esta idea de tormento le impedía dormir y no le permitía tomar mas alimento que el indispensable para no consentir en su muerte. — Si esto sigue, decía, moriré loco, como Clemente IV.»

En el secreto de estas galerías inhabitadas, donde ya no se escuchaba la voz de San Luis, de Francisco I, de Enrique IV, ni de Luis XIV, el padre santo pasó muchos dias en escribir la minuta y la copia de la carta que debía ser remitida al emperador. El cardenal Pacca llevaba oculto en su manto el papel peligroso á medida que el papa iba añadiendo algunas líneas en él. Terminada la obra, el papa la remitió el 24 de mayo al coronel Lagorce, encargándole la llevase al emperador.

Al mismo tiempo hizo leer una alocución á los cardenales que se hallaban cerca de su persona, en la cual consideraba como nulo el breve que había dado en Savona, y el concordato de 25 de enero: «¡Bendito sea el Señor, dice la alocución; que no ha alejado de nosotros su misericordia! ¡Solo ha querido humillarnos con una saludable confusión! ¡Sea, pues, para nosotros la humillación en bien de nuestra alma, y para él en todos los siglos la exaltación, el honor y la gloria! Dado en el palacio en Fontainebleau á 24 de marzo de 1813.»

Jamás salió de este palacio un decreto mas bello; el semblante del mártir se puso sereno; su sonrisa y su boca recobraron su gracia, y sus ojos el sueño.

Napoleón amenazó al principio con hacer saltar la cabeza de los hombros de algunos de los clérigos de Fontainebleau, pues pensaba declararse gefe de la religión del Estado; mas cayendo de nuevo en su natural, fingió no haber sabido nada de la carta del papa. Pero su fortuna iba decreciendo, y el papa, salido de una orden de pobres monges, vuelto por sus desgracias al seno de la multitud parecía haber reconquistado el gran papel de triano de los pueblos, y dado la señal de la deposición del opresor de las libertades públicas.

DEFECCIONES. — MUERTE DE LAGRANGE Y DE DELILLE.

La mala fortuna produce las traiciones y no las justifica. En marzo de 1813, la Prusia se confederó en Kalisch con la Rusia; el 3 de marzo, la Suecia hizo un tratado con el gabinete de San James, y se obligó á suministrar treinta mil hombres; Hamburgo fue evacuado por los franceses; Berlin ocupado por los cosacos, y Dresde tomado por los rusos y los prusianos.

La defección de la Confederación del Rin se fue

preparando. El Austria se adhirió á la alianza de la Rusia y de la Prusia, y la guerra comenzó de nuevo en Italia, adonde se había trasladado el príncipe Eugenio.

En España, el ejército inglés derrotó á José en Vitoria: los cuadros robados á las iglesias y á los palacios cayeron en el Ebro: yo los había visto en Madrid y en el Escorial, y los volví á ver después, cuando los restauraban en París. Las olas y Napoleón habían pasado sobre estos Murillo y estos Rafael, *velut umbra*, Siempre avanzando Wellington, batió al mariscal Soult en Roncesvalles: nuestros grandes recuerdos hacían el fondo de las escenas de nuestros nuevos destinos.

El 14 de febrero, en la apertura de los cuerpos legislativos, Bonaparte declaró que siempre había querido la paz, y que esta era necesaria al mundo; pero ninguna simpatía hacia los dolores de la Francia resonó en la boca de aquel que nos llamaba *sus súbditos*.

El 3 de abril, el Senado conservador añadió ciento ochenta mil combatientes mas á los que ya había concedido. El 10 de abril murió Lagrange, y el abate Delille espiró algunos dias después. Si en el cielo la nobleza del sentimiento es superior á la altura del pensamiento, el cantor de la *Piedad* debe estar colocado mas cerca del trono de Dios que el autor de la *Teoría de las funciones analíticas*. Bonaparte había salido de París el 15 de abril.

BATALLAS DE LUTZEN, DE BAUTZEN Y DE DRESDE. — REVESES EN ESPAÑA.

Sucedíendose las levas de 1812, se habían detenido en Sajonia. Napoleón llega, y el honor de la antigua hueste queda confiado á doscientos mil conscriptos, que se baten como los granaderos de Marengo. El 2 de mayo se gana la batalla de Lutzen: en estos nuevos combates, apenas hace Bonaparte uso mas que de la artillería, y apoderado de Dresde, dice á los habitantes: — «No ignoro la alegría á que os entregásteis cuando el emperador Alejandro y el rey de Rusia entraron dentro de vuestros muros. Todavía vemos en el suelo las hojas marchitas de las flores que vuestras doncellas sembraron al paso de los monarcas.» ¡Se acordaba Napoleón de las doncellas de Verdun? Esto era en el tiempo de sus bellos años.

Otro triunfo en Bautzen; pero en él se sepultan el general de ingenieros Kirneger y Duroc, gran mariscal del palacio. — «Hay otra vida, dice el emperador á Duroc, y ya nos volveremos á ver.» ¿Se cuidaba mucho Duroc de volverlo á ver?

El 26 y el 27 de agosto abórdase sobre el Elba en campos ya famosos. De vuelta de América, después de haber visto á Bernadotte en Stockolmo y á Alejandro en Praga, una bala de cañon se lleva las dos piernas de Moreau, en Dresde, al lado del emperador de Rusia: antigua costumbre de la fortuna napoleónica. Súpose la muerte del vencedor en Höhenlinden, en el campo francés, por un perro perdido, en cuyo collar estaba escrito el nombre del nuevo Turena: el animal, sin dueño, corria á la ventura entre los muertos: ¡Te, janitor orci!

El príncipe de Suecia, hecho generalísimo del ejército del Norte de Alemania, había dirigido el 15 de agosto una proclama á sus soldados:

«Soldados: el mismo sentimiento que guió á los franceses en 1792, y que los llevó á unirse y á combatir los ejércitos que estaban en su territorio, debe dirigir hoy vuestro valor contra aquel que, después de haber invadido el suelo que nos vi nacer, encadena aun á vuestros hermanos, á vuestras mujeres y á vuestros hijos.»

Concitiándose la reprobación unánime, Bonaparte se lanzaba contra la libertad, que le atacaba de todas partes y bajo todas las formas. Un *senatus consulto*